

era una enseñanza «en el aire», porque estaba aún latente el fracaso del examen, y las palabras que yo pronunciaba, en vez de presentarse como una disertación académica, comentaban un hecho reciente, un hecho que les concernía. Ahí está el secreto de la enseñanza práctica.

Aún pidieron más; quisieron ideas sobre la enseñanza de la historia, de la geografía, de las ciencias matemáticas y físicas; no te repito lo que les cortesté, porque sobradamente conoces mis doctrinas.

Al mismo tiempo que mi conferencia, la lluvia tuvo la irónica gentileza de cesar. Un rayo de sol un poco amarillento, muy otoñal, vino a dorar las encuadernaciones leonadas de los antiguos libros. Despedí a la chiquillería, que escapó hacia los parques para buscar setas. Jorge fué el único que se quedó.

—¿Abusaría de su complacencia—me dijo—si le pidiese unos instantes de conversación?

Subimos juntos a mis habitaciones. La próxima vez te contaré lo que tenía que decirme.

## CARTA VIGESIMOCUARTA

Mi amigo Jorge.—Confidencias.—Petrarca y Casanova.—El temperamento de los franceses jóvenes de hoy.—Méritos de Silvia.—Una evocación.—Escena a lo Juan Jacobo.

Ambleuse, 12 de septiembre.

Tú no ignoras, querida Francisca, que mi joven huésped Jorge de Lospinat, sin crecer a la vista esa perfección de «muchacho guapo» consagrado, tiene muy buena figura. Una de esas figuras tan escasas en Francia, en la que todo se vela, el pensamiento activo y los sentimientos robustos; una figura que traduce la intensidad de la vida interior. La cabellera negra, abundante, peinada con raya hacia un lado, encuadra con negligencia suntuosa un rostro mate, de frente ancha, mentón fino y nariz firme; un rostro cuya expresión sería ruda sin la ternura de la boca irregular, un poco gruesa; sin los ojos oscuros, de los que se habría dicho con justeza en tiempos de madame de Sevigné que son dos más hermosos del mundo», al menos por su fuego y su inteligencia... Su madre (me han contado) tenía los mismos ojos y su mismo encanto ardiente, contenido, irresistible. De su padre, posee Jorge la hermosa silueta de sportman, la gracia fácil de sus maneras, un timbre de voz, bas-

tante raro en la región berrichona, la voz metálica de los meridionales. Viste con una elegancia tan natural, que a su lado Guy Demonville parece un maniquí de sastrería. No es, pues, de extrañar que las personas de tu sexo se sientan vivamente inclinadas hacia su persona, aun cuando se trate de chiquillas, como Blanca Demonville y May Footner, para quienes las principales cualidades de un hombre son su estatura, su elegancia, su simpatía y su habilidad en el baile y el «tennis».

...Quedamos en que, terminada la sesión instructiva, Jorge, dejando marchar a sus compañeros, vino conmigo a la habitación contigua a mi alcoba, donde tengo instalados mis libros y papелotes. Me senté ante mi mesa y él ocupó una butaca frente a mí. Le ofrecí un cigarrillo, que encendió distraído, y que pronto dejó apagar, conservándolo entre los dedos. Yo encendí el mío.

—Te escucho, Jorge—le dije.

Al principio habló con cierta timidez, buscando las palabras. Pero no tardó en adquirir el aplomo característico de su generación, afortunadamente moderado en él por una natural cortesía y un innato hábito de respeto. Sin embargo, su actitud significaba: «Aunque yo no tenga más que diez y ocho años, mis preocupaciones, mis afectos, mis designios, mis trabajos y mi persona deben parecerle a usted importantes, y es justo que les conceda usted su atención.»

—Mire usted—me dijo—; lo que me pasa, es esto, en sustancia. Soy muy feliz y estoy muy atormentado. Soy muy feliz, porque quiero a Silvia Bertrand-Tasqué...

—Y estás atormentado—interrumpí yo, viendo que vacilaba—porque eres un buen muchacho, y que, aun tratándose de unos proyectos tan leja-

nos, ves desde ahora que esa señorita, hija de un médico y de una enfermera, no es partido para ti...

—Lo que temo es que no le parezca partido a mi padre.

—¿No hizo tu padre una boda de amor?

—Sí, mi padre se casó con una muchacha sin fortuna, pero de una gran familia, ya varias veces aliada a la nuestra. La idea de que mi suegro sea ese chiflado de Bertrand-Tasqué...

—Y que Amalia sea dos veces madre política vuestra...

—Precisamente... Eso no le agrada a papá. Sin que él me lo haya dicho de una manera clara, yo adivino que él sueña para mí con una boda opulenta... Cuentistas de la vecindad le han dicho que la señora de Demonville me tiene destinado a una de sus hijas. Como todos los padres un poco orgullosos de su familia, mi padre querría ver enderezarse a la suya... Y no cuerta con mi poesía para que se opere ese enderezamiento.

Meditamos en silencio.

—Hijo mío—dije yo—, pero ¿crees necesario prever las cosas con tanta anticipación? ¿Hablar ya de boda? ¡Si apenas tienes diez y siete años!

—Casi diez y ocho.

—Casi diez y ocho, sea; Silvia tiene diez y seis. Hace sólo dos años que os conocisteis y que os veis aquí durante un mes cada otoño; es fácil que no volváis a veros. Silvia sufrirá un poco, tú otro poco, pero no os moriréis ni uno ni otro. Bastarán seis meses para que quedéis como nuevos... Silvia es bonita y encantadora, y con una dote decentita que le dará su padre, hará buena boda en París. Tú, después de dejar pasar por lo menos diez años (porque permíteme que te diga que aún eres un niño), te casarás a gusto de tu padre, habiendo

añadido, tengo en ello firme esperanza, un hermoso renombre literario al antiguo honor de tu herencia patronímica. Ese será el más sabio proceder; tú lo crees como yo, y me inclino a pensar que me pides mi opinión porque la conoces de antemano.

—¡Señor!... ¿Tiene usted de mí esa opinión?...

Sus mejillas mate se habían ennegrecido súbitamente con un flujo de sangre, y contuvo las lágrimas con un esfuerzo de orgullo. Al mismo tiempo quiso levantarse.

—Así me gusta—le dije, tomándole las dos manos y haciéndole sentar nuevamente—. Pero entonces estamos fuera de la novela, en plena realidad: es más grave. Una pregunta más: tú estás seguro de tus sentimientos. De los de Silvia, ¿qué sabes?

Saboreé con fruición el visible y sincero pudor con que me respondió que creía estar seguro... que sí; que estaba seguro de que ella le correspondía... ¡Pudor en un adolescente de nuestros tiempos, cuando sus contemporáneos demuestran tan poca vergüenza!... Tuve que obligarle para que me confiase los motivos de su seguridad... ¿Habían mediado entre él y Silvia eso que se llamaba antiguamente confesiones?... No, nada de eso... El gusto recíproco y no disimulado de verse lo más posible, de hablar, de mirarse. «Me parece—dijo Jorge—que se pone triste cuando no me ocupo de ella.» Y esa tristeza—ese era el punto delicado—se había acentuado recientemente, a medida que Blanca Demonville ocultaba menos su inclinación por Jorge... Mi joven amigo supo expresar estas delicadas confidencias con una modestia perfecta. No había en él la menor vanidad; casi parecía querer excusarse de su doble victoria.

—En fin—concluí yo—, interpretas como una confesión la tristeza de Silvia. Mi observación concuerda con la tuya. Pero voy a reñirte: me pareció la última tarde de «tennis» en Chambon, y también hace un momento, durante nuestra jurta académica, que no desengañabas a Blanca Demonville...

Tuvo deseos de protestar, pero venció su sinceridad.

—Tiene usted razón: no valgo nada. Hay en mí un genio malo... ¿cómo diré?... un mal genio literario, o más bien romántico, que a veces me sugiere: «Vamos, satisfécete... goza de la vida, sé un Rastignac, un Rubembré, un Camors... El tiempo en que estás huye como un riachuelo de mayo, que el verano va a secar. ¿Por qué encadenarte tan pronto a un deber, aun siendo dulce?... «Invenies alium Alexim»: siempre encontrarás otra Silvia...»

—Yo también conozco esa voz—dije—. Todos los hombres, sobre todo los artistas, la han oído a tu edad. Pero otra voz interior, otra más grave, me parece que replica a la primera, puesto que no piensas seriamente en Blanca.

Jorge se echó a reír con esa alegría que en la adolescencia suaviza hasta las más graves inquietudes:

—¡Blanca!... En cuanto me separo de su lado, no pienso en ella ni cinco minutos... Ni en ella ni en May, ni en ninguna otra... Silvia, no hay más que una. Y la inspiradora interior de que me habla usted, que oigo, en efecto, durante mis largas horas de soledad, tiene la voz y la apariencia de Silvia... Sí... Es una Silvia ideal, que se inclina sobre mí y me dice: «No escuches a «la otra»; la dicha que ella te propone es falsa y vana... Puesto

que tú crees en la felicidad del amor, sabe que está prohibida a los que dispersan sus deseos. De Petrarca y Casanova, ¿cuál piensas tú que conoció verdaderamente el amor? Hasta por egoísmo, hasta por satisfacer esa curiosidad sentimental que atormenta tu juventud, no ames más que a una mujer. Doscientas monedas de cobre no son lo mismo que un luis de oro, y un diamante pulverizado es polvo al fin.»

Poco o nada modifico las palabras de Jorge, querida sobrina; tiene ese muchacho una elocuencia contenida que se transmite mal al papel, pero a la que la voz, el gesto, la animación del rostro, dan un acento de encantadora naturalidad. Es sincero y ardiente; dos virtudes que conmueven. Ya me sentía conquistado para la causa de Silvia, y tuve que recurrir a toda mi experiencia y a toda mi voluntad de consejero práctico y razonable para responder:

—Amigo mío, ese dúo de voces interiores, esa oposición de Petrarca y Casanova, son cosas muy bonitas, pero son literatura. Hablemos poniéndonos en la realidad: si cedes a la voz que tiene la apariencia de Silvia, no solamente derrumbas las esperanzas de tu padre y te preparas a una unión extravagante, sino que encadenas tu vida siendo todavía un niño... No protestes. Aún no tienes diez y ocho años, y, razonablemente, no puedes comprometerte a ser dentro de diez, veinte años, como eres ahora.

—Sea cual fuere la edad, ¿cuando uno se casa, no compromete igualmente el porvenir?

—Cierto, pero puede comprometerse con conocimiento de causa. Tú, hasta ahora, no has vivido más que de ensueños. Espera, al menos, haber re-

cibido el choque de las tentaciones para medir tu resistencia.

Jorge volvió a enrojecer y permaneció un momento silencioso. Después, mirándome frente a frente, contestó:

—Yo creo que usted me juzga como a todos los franceses de mi generación, que se diferencian bastante de la precedente por lo que veo en las personas que de ella conozco, y sobre todo, de la de ustedes, tal como nos la cuentan los libros... A usted le asombra la poca cantidad de vergüenza que tienen los muchachos de hoy, y hasta las muchachas. Es verdad, somos más libres de maneras y de palabras; sin embargo, créame, entre nosotros hay quizás menos intrigas sospechosas... Además, ¿cómo lo diré?... me parece que nosotros pensamos de otro modo en las mujeres..., algo así como piensan los jóvenes ingleses, cuyas costumbres físicas vamos adquiriendo cada vez más. Ya ve usted: Sam Footner, que no es mayor que yo, está «comprometido» en Inglaterra con una muchacha un poco mayor que él; es perfectamente serio, y aunque parece aficionado al «firt», es muy respetuoso con el sexo femenino, al cual tiene su poquito de miedo. Guy Demonville no alberga grandes escrúpulos, pero en su conversación entre hombres hay más snobismo que otra cosa; afecta un gran desdén hacia el otro sexo, que sólo encuentra aceptable para el «firt». El año pasado, cuando estuve en París con mi padre, conocí muchachos de mi edad; he visto arrivistas, estetas, sportsmans, juerguistas; pero no he visto Faublases... Aquí, en mi provincia, es aún más significativo. Tengo yo un amigo, sin ir más lejos, el hijo de Lasmolles, que se enorgullece de su comportamiento mo-

nástico lo mismo que Sam Footner, que no tiene bastantes sarcasmos para la «sociedad francesa.»

No pude contenerme sin preguntar:

—¿Y tú?

No bajó los ojos.

—¿Yo?... Estoy muy tranquilo... Y le confieso que, aun cuando leo ciertas novelas de Zola, y aun de Maupassant, la fiebre sensual de toda esa gente me da risa... No los comprendo... Por eso, la idea de comprometerme a los diez y ocho años, para casarme dentro de cinco o seis, no me asusta, como tampoco asusta a Sam.

Guardamos un corto silencio. La declaración de Jorge no me sorprendía, como él se figuraba; no la había necesitado para advertir la serenidad desdeñosa de los adolescentes de hoy frente a los atractivos femeninos. Es más, había creído distinguir las causas, que son el nuevo aspecto de las muchachas, más camaradas, más iguales, más rivales de ellos en la actividad física o intelectual, y el desarrollo de espíritu positivista y ambicioso en los dos sexos, y el enorme crecimiento de la actividad deportiva, que puede tener inconvenientes, pero que sanea maravillosamente los corazones y adormece los apetitos. Sobre un sólo punto no era yo del mismo parecer de Jorge. Nuestra juventud se encamina, sin duda, hacia las costumbres sentimentales del otro lado de la Mancha; pero, por ahora, aún no las poseen; además, dudo de que llegué a conseguirlas; no se cambia así como así el temperamento de toda una raza. Expresé estas reservas a Jorge, que respondió obstinado:

—Se equivoca usted, se lo aseguro. Somos una generación de muchachos muy razonables y tranquilos, bajo las apariencias del «flirt». ¿No ha advertido usted que las muchachas son más provo-

cativas que nosotros?... Le repito que a mí, personalmente, no me atormenta mi juventud. La voz interior que me susurra de vez en cuando: «¡Sé un Rastignac! ¡Sé un Rubembré!», no tiene eco más que en mi imaginación. Deja mi temperamento completamente tranquilo.

Mientras hablaba, contemplaba yo a este hermoso adolescente de diez y ocho años, que representa veinte, fuerte, entrenado en todos los deportes, familiarizado con todos los libros de pasión y de sensualidad, acostumbrado a la sociedad de las muchachas, que le colman de atenciones. No había duda: era la sinceridad misma que hablaba por su boca.

—Pero entonces—pregunté—, puesto que estás tan tranquilo en tu soltería, ¿por qué quieres casarte tan pronto?

—¡Bien sabe usted que es precisamente por eso!

Sí, lo comprendía... Es repugnancia anticipada de la bohemia del amor; un miedo vago a ceder de todos modos a la tentación; la idea, común entre los ingleses, de que un afecto serio es una defensa... ¿Qué objeción podía, pues, hacer yo? Si un adolescente toma por modelo el Thouvenin, de «Denise», debe casarse pronto y tener antes unas relaciones largas y serias.

—Tienes un hermoso ideal de juventud—le dije—, y no me creo con derecho para desviarte de él. Pero, ¿qué difícil me parece la elección de mujer, a quien se confía el depósito de ese ideal! ¿Estás seguro de que Silvia?... Sí, ya lo sé; la quieres... Ahora bien, ¿no son sus cabellos rubios y sus ojos claros lo que te atrae en ella, es decir, los encantos físicos?

—No—me respondió calurosamente—. Yo encuentro a Silvia adorable, pero la quiero porque es

única entre todas... Por lo menos, entre todas las muchachas que yo conozco, sólo ella es sencilla y sincera... Las jóvenes de mi generación son inteligentes, activas, ambiciosas, pero falsas y vanidosas. Silvia no se las da de culta, como esa Cecilia Barnier, a la que ha dado usted tan buena lección; ni de mundana, como las Demonville, ni de deportista, como May Footner, ni de nada; se muestra tal como es ella. Y yo la encuentro más culta, más mujer de mundo y más diestra físicamente que todas ellas... Además, sólo ella tiene una vida interior, una vida moral... Usted, que nos observa de cerca, habrá advertido que las jóvenes de hoy, por muy conforme que esté su vida práctica con la moral, no tienen creencias morales. No tienen religión, no tienen idea del deber; dicen: «Casémonos, a ver qué pasa». Tienen una actividad intelectual febril, desordenada, pero que gastan en conferencias y lecturas sin provecho. Tienen un miedo horrible a la meditación, a la vida interior, a quedarse solas consigo mismas... Antes de casarme con una de esas muñecas, preferiría quedarme soltero, y hasta ser un bohemio del amor.

Yo oía y pensaba: «Todo lo que dice este joven poeta está dentro de la más sana razón...» Sin embargo, creí deber objetar todavía:

—Silvia es bonita y buena. Tiene un hermoso corazón. Viviendo cerca de las ideas librepensadoras de su padre, casado por segunda vez, ella continúa practicando sus creencias tradicionales, sin afectación, sin disputas: lo que prueba, como tú dices, un alma fuerte y una activa vida interior. Te concedo que iguala en inteligencia, con más sencillez, a las señoritas de Demonville, y hasta a Cecilia Bernier... ¿Pero será suficiente una inteligencia mediana para la mujer que hagas tu es-

posa? ¿No necesitarías a tu lado un espíritu femenino, verdaderamente superior, para que te sirviera de consejero, de ayuda, y hasta de crítico útil?

La hermosa risa de Jorge estalló de nuevo.

—¿Una mujer superior? ¿Una escritora quizás? Pero, ¿qué le he hecho yo a usted? Si precisamente ya estamos cansados del intelectualismo de las muchachas. Estamos resueltos a casarnos con las menos pedantes, las menos «superiores», con las que no tengan la pretensión de saberlo todo, con las que nos garanticen que no han de descolgarse con una novela o un libro de versos.

Reconocí en esta salida un sentimiento que ya había advertido entre los polluelos de la nueva incubación: el rencor sordo contra la competencia intelectual de las muchachas... Y es que desde que tú tenías la edad de Jorge, ha transcurrido la décima parte de un siglo. En ese tiempo, se ha exasperado la comezón intelectual de vuestro sexo. Las chicas se precipitan ávidamente sobre los estudios clásicos, mientras los muchachos los desdeñan por causa de los programas. Resultado: que hoy ellos dan la sensación de menos cultos que ellas, y éstas no se descuidan en marcar la diferencia... Esto acabará, esperémoslo, por aguzar la pereza intelectual de los jóvenes; aceptarán la lucha y la competencia y terminarán por equipararse unas y otros... Pero semejante equilibrio necesita aún muchos años para quedar establecido.

\* \* \*

—Mi conferencia con Jorge necesitaba una conclusión práctica.

—Admito—le dije—que sea Silvia la mujer que te conviene, a pesar de su escasez de fortuna y de cierta diferencia social. Admito que seas lo suficiente formal para comprometerte con cuatro años de anticipación, sin faltar a tu palabra. Pero, ¿en qué puedo ser útil a tus proyectos?

Me cogió la mano y la estrechó cariñosamente.

—Haciendo por mí—respondió— lo que hizo hace diez años por su sobrina Francisca y por el san-cyriano que ella quería. Sé que no tenemos el mismo derecho a su apoyo; Silvia no es sobrina de usted. Pero le quiere a usted mucho..., y de vez en cuando, también le llama tío Marcelo...

¡Ah! ¡Tunante poeta! ¡Ya sabía lo que hacía, buscándose como patrona a Francisca! Como por un golpe de varita mágica, me rejuvenecía más de diez años... Fué tan grande mi emoción, que no le respondí en seguida. Me veía saliendo de mi casa, cierta tarde de otoño, para ir a la de tu madre... De todos modos, hice observar a Jorge que su casa no era la de Máximo.

—Máximo—le dije—tenía veintiún años cuando se puso en amores con Francisca. Iba a salir de la escuela de Saint-Cyr de segundo teniente, que es ya una sombra de posición social. Francisca tenía diez y nueve años... Y, lo repito, Silvia y tú sois aún dos niños, y apruebo las relaciones largas, pero no así el exceso... Pedrito me decía ayer que piensa casarse con Simona, y no le hice caso.

—Es usted cruel—me dijo Jorge sonriendo—. ¿Por qué no me cree usted cuando le aseguro que ya no siento en mí nada de la infancia?

—Yo te encuentro, en efecto, excepcionalmente formado de corazón y espíritu. Pero insisto en que no tienes más que diez y ocho años y Silvia diez y seis. Prometeos uno al otro todo lo que que-

ráis; consiento en ser el confidente de vuestras promesas; ahora bien, mi intervención no tendrá lugar hasta que hayas cumplido los veinte años... Fijemos mejor la fecha: cuando vayas al servicio militar.

Jorge aceptó esta transacción... Héme, pues, nuevamente dentro de año y medio (si mis protegidos no cambian de parecer) defendiendo otra vez la causa de los matrimonios de inclinación, la causa del amor...

¡Cuántas molestias en perspectiva! Para indemnizarme, me ha sido concedido esta mañana tomar parte en una escena digna de Juan Jacobo: Jorge y Silvia abrazados a mí en la biblioteca de Ambleuse, locos de felicidad, llorando y riendo.

Porque de Juan Jacobo acá se ha añadido, afortunadamente, un poco de risa a las lágrimas de la emoción dichosa.